

LA BESTIA QUE HABITA EN MI

Daniel Rood



Capítulo 1

“No pretendo ser comprendido ni mucho menos perdonado.

Si tan solo lograra contar con la voluntad de ustedes para entenderme, podría morir en paz”.

Estas palabras dieron inicio al audio donde Hanz Gius procedió a describir al detalle, la lucha interna que libro con la bestia que habitaba en su interior.

Quienes nos encontrábamos presentes y le pudimos escuchar, atravesamos por toda una gama de sensaciones. Desde el odio más profundo pasando por el dolor y hasta unos cuantos llegamos a expresar algo de lastima por él.

_A muy temprana edad sobresalía en mí, un gran poder de observación, las maestras no se cansaban de afirmar que era un niño muy detallista _comenzó describiéndose Hanz.

Con apenas siete años pude apreciar que el conductor de la camioneta privada que me conducía al centro de estudio, tenía una pequeña heladera transportadora cargada con agua destinada a saciar la sed de los niños que viajábamos. Sin saber a ciencia cierta el motivo, esperé encontrarme solo e introduje en su interior un poco de liquido utilizado para la limpieza de herramientas que encontré en el depósito de mi padre. Espere que mis compañeros fueran subiendo y les convide con unas golosinas sabrosas pero que causaban demasiada sed. En pocos minutos la garganta de varios de ellos se reseco y les obligo a beber agua de forma inmediata. La intoxicación fue importante, al conductor de la camioneta se le retiro el permiso para trasladar escolares. Nunca nadie sospecho de mi maniobra.

Creo no equivocarme si identifico este acto como el primero en el que fui inducido por aquella fuerza interior que comenzaba a gobernar mi vida.

Unos pocos años después siendo ya un adolescente, la poca simpatía que sentía por el director de mi centro de estudio me llevo a que destinara algún tiempo en observar su rutina laboral. Se caracterizaba por ser un hombre muy metódico, al llegar lo primero que realizaba era preparar su escueto desayuno que consistía en té negro acompañado por un par de tostadas de pan de centeno con unas pocas rebanadas de queso.

A pesar de ser la autoridad máxima del centro, parecía no tener mucha confianza en la higiene del lugar. A diario traía consigo todo lo necesario para su desayuno. La taza era de tamaño medio y la marca de su té,

ingles de origen. El agua la calentaba en una jarra térmica de su propiedad y lo más curioso era la forma de transportar el azúcar, ya que colocaba unos pocos gramos en una pequeña bolsita transparente la cual le brindaba la seguridad de mantener el mismo consumo todos los días.

Una vez al año la inspección al centro de estudio por parte de las autoridades estatales se hacía presente. Estos funcionarios evaluaban el desempeño del colegio y también realizaban recomendaciones para nuevos cargos a los distintos directores de cada centro inspeccionado. La visita estaba pactada a media mañana, yo media hora antes de que el director llegase a su puesto de trabajo realice una llamada de carácter anónimo a la policía de investigación de narcóticos denunciando que el director era adicto y que transportaba y consumía diariamente sustancias prohibidas.

A la hora que los inspectores llegaron al colegio, el escenario reinante era caótico, el director estaba incomunicado y los oficiales realizaban un allanamiento general en todas las oficinas.

No se encontró nada, lo único sospechoso fue el envoltorio que contenía azúcar que rápidamente fue descartado como sustancia alucinógena, pero el desprestigio en el que cayó el centro de estudio y en especial la suspicacia sobre la figura del director fueron suficientes para terminar con la posibilidad cierta que tenía de ascender laboralmente. Nunca se supo el origen de la llamada anónima que realizó la denuncia, el director sufrió una crisis depresiva que le llevo mucho tiempo superar y el propio centro encontró necesario cesarlo definitivamente de su puesto.

Ese impulso interior por dañar a personas inocentes era cada vez más potente en mí, la crueldad quedaba de manifiesto con cada nuevo accionar. Recuerdo el día en que me harte de escuchar las discusiones que mi vecina de piso mantenía con su celoso esposo. Sus peleas eran casi a diario, los reproches y acusaciones de infidelidad hacia a ella no cesaban. El motivo de sus celos tenía nombre ,“Simón”, este hombre años antes supo conquistar el amor de Clara mi vecina y anteriormente el de Angela su hermana melliza. Esta situación desesperaba a mi vecino.

La delgada pared que unía nuestros apartamentos hizo posible que involuntariamente escuchara un dialogo entre las hermanas donde bromeaban sobre la existencia del lunar que Clara tenía en su nalga derecha, único elemento que las diferenciaba. Sin pensarlo me propuse darle fin a esta historia.

El esposo de Clara conducía un programa de radio en horas de la noche en el cual las personas llamaban y muchos narraban todo tipo de situaciones amorosas por las cuales les había tocado atravesar entablándose una

discusión abierta de opiniones.

Realice una llamada al programa, expuse una historia de amor que involucraba dos hermanas mellizas. Deje bien en claro que solo un pequeño lunar me permitió diferenciarlas físicamente, pero en cuanto al sentimiento de amor que ambas me habían brindado nunca pude encontrar diferencia entre ellas. La reacción del conductor fue indisoluble, la tensión se sintió durante todos los minutos restantes que duro el programa.

Le indique al portero nocturno del edificio que cuando viera llegar al esposo de Clara le avisara que temprano a la mañana un tal "Simón" estuvo y no los encontró.

Esa madrugada la discusión fue tremenda, culminó con Clara hospitalizada en grave estado y su esposo recluido por varios años en prisión.

La bestia interna me había absorbido totalmente. Estaba fuera de control, ya no existía razón o motivo para que esta actuara, lo impredecible y letal era la constante. Como si esto fuera poco, ninguna manifestación de culpa aparecía en mí.

El entorno familiar no fue ajeno al accionar de la bestia. Estuve casado durante casi seis años siendo estos los más felices de mi vida, la amaba con todas mis fuerzas y llegué a creer que este sentimiento tan fuerte actuaba como antídoto para la maldición que me poseía.

Desgraciadamente todo volvió a suceder, un día como tantos observe a Sara mi esposa en el jardín de casa, ella llenaba de caricias a Berny nuestro perro mascota al tiempo que hablaba entretenida por su celular. No lo dude, a la tarde salí y compré un silbato anti perros de los más poderosos que existían en el mercado. Cuando me encontraba a solas con nuestra mascota, le hacía olfatear un perfume de mujer de nombre "Pasion" mientras le sonaba el silbato, el pobre animal se transformaba a causa del dolor que le causaba aquel sonido en sus oídos.

Esta rutina la mantuve durante un largo tiempo hasta estar convencido que Berny asociaba el perfume con el sonido y el dolor.

Aproveche mis conocimientos adquiridos en el estudio de grabación musical donde trabajé en mi juventud y realice un ringtone que contenía el sonido anti-perros potenciado.

Le obsequie a mi amada esposa Sara para su cumpleaños la fragancia francesa "Pasion".

Mientras dormía a la madrugada sin que ella se diera cuenta cambié el ringtone de su teléfono celular por la grabación que yo realice. Solo resto

esperar el momento del día en el que estuviese con nuestra mascota en sus brazos para activar su ringtone mediante una llamada. Berny no pudo soportar el sonido, la alteración de su conducta se torno brutal, los mordiscos fueron tan profundos y filosos que el rostro de Sara quedo casi irreconocible. Fue sometida a diez cirugías estéticas, nunca volvió a ser la misma persona.

La maléfica fuerza gano la batalla. Nada que pudiera intentar, alteraría esta realidad, solo me dejo como una única opción terminar con ella.

Como les exprese al inicio de mi relato, solo espero que me puedan entender !!

El audio del piloto Hanz Gius proveniente de la cabina del avión cesó por completo... un silencio aterrador invadió a todos los presentes, solo atinábamos a mirarnos sin saber cómo reaccionar.

La histeria se apodero de cada uno de nosotros, el descenso abrupto del avión indicaba que el final para todos era inevitable.

El personal de la torre de control observaba con impotencia como el vuelo ac346 dejaba de emitir señales desapareciendo por completo de todos sus radares.